como ideología dominante esta ideología política que es el marxismo actual. En este dispositivo global, nuestros marxistas ocupan un lugar modesto, ciertamente, pero no despreciable. Hay una división del trabajo político, y ellos cumplen con la parte que les corresponde: asegurar el triunfo de su ideología común. ¡Caramba! ¿No se tratará de meros stalinistas, de buenos aspirantes a burócratas? Nos lo preguntamos... En todo caso, esto explicaría que se burlen tanto de las sociedades primitivas, como hemos visto: para ellos sólo son el pretexto para difundir su ideología de granito y su lenguaje acartonado. Por lo cual no se trata tanto de burlarse de su tontería, como de desalojarlos del verdadero lugar en que se sitúan: el enfrentamiento político en su dimensión ideológica. Los stalinistas no son unos insignificantes conquistadores del poder: lo que quieren es el poder total: el Estado de sus sueños es el Estado totalitario. Enemigos de la inteligencia y de la libertad, como los fascistas, afirman que poseen un saber total para legitimar el ejercicio de un poder total. Con toda razón desconfía uno de esta gente que aplaude los asesinatos de Cambodia y de Etiopía porque los asesinos son marxistas. Si uno de estos días Amín Dada se proclama marxista los oiremos berrear: ¡bravo Dada!

Y ahora esperemos y sigamos escuchando: tal vez pronto rebuznen los brontosaurios.

Notas

[1] C. Meillassoux, *Femmes, Greniers et Capitaux*, París, Maspero, 1976; A. Adler, "L'ethnologie marxiste: vers un nouvel obscurantisme?", *l'Homme*, XVI (4), p. 118-128.

[2] C. Meillassoux, "Sur deux critiques de *Femmes, Greniers et Capitaux* ou Fahrenheit 450,5", *l'Homme*, XVII (1), p. 123-128.

[3] M. Godelier, *Horizon, trajets marxistes en anthropologie*, 2ª edición, París, Maspero, 1977.

[4] Y a este respecto hay desde luego en Marx una raíz de marxismo; sería ridículo querer apartarlo en este caso de los marxistas. ¿No llegó, en efecto, a escribir en *El Capital* que [falta la cita].

La vida (a)leve

IR A LA IGLESIA

Cuando estoy seguro que nada ocurre adentro
me introduzco; el portón golpea sordo tras de mí.
Una iglesia más: esteras, bancas y piedra,
y misales; ramilletes cortados el domingo
y ahora secos; un poco de relumbre y cortinas
en la pared del fondo; un órgano diminuto,
y un silencio imposible de ignorar,
fermentado sabe Dios cuándo. Al descubrirme
zafo mis broches de ciclista en reverencia torpe.

Sigo andando y recorro la fuente con mi mano.
Desde aquí el techo se diría casi nuevo.
¿Limpieza o restauración? Alguien sabrá. Yo no.
Subo al púlpito y leo algunos versículos
extensos e irascibles y pronuncio "ha terminado"
en voz inesperadamente alta. Los ecos
se alejan como una risa breve. Vuelvo a la puerta,
firmo en el libro y dono unas monedas sin curso.
Pienso que el lugar no valía una visita.

Pero aquí estoy. De hecho con frecuencia reincido
y acabo siempre en un vacío como éste,
preguntándome qué he de buscar, y
    preguntándome,
cuando los templos caigan por completo
en desuso, ¿en qué los volveremos? ¿Quedarán
algunas catedrales en exhibición crónica
—sus copones y cálices en vitrinas cerradas?
¿Heredarán las otras la lluvia y las ovejas?
¿Las evitaremos como lugares de mal fario?

¿O vendrán por la noche mujeres equívocas
a que sus hijos toquen una piedra especial?
¿Buscarán hierbas para el cáncer, o en alguna
noche señalada verán rondar un muerto?
Algún poder seguirá estando presente
en juegos y acertijos, como al acaso,
mas la superstición, como la fe, termina
y, ¿qué queda cuando se ha ido la incredulidad?
Rastrojo en las baldosas, zarzas, contrafuertes, cielo,
una silueta cada vez menos reconocible,
un propósito más oscuro. Me pregunto
quién será el último de los últimos en venir
a este lugar por lo que era: ¿uno del personal
que palpa y anota y sabe lo que era el sagrario?
¿Un vicioso de ruinas, febril por vejestorios
o adicto a Navidades, contando con su dosis
de casullas y estolas, tubos de órgano y mirra?
¿O será tal vez mi representante,

malinformado, aburrido, sabedor de que el dogma
está disperso, pero en marcha hacia esta cruz
por suburbios hostiles, pues guardó sin derramar
a lo largo del tiempo lo que se halla desde entonces
sólo en la separación —matrimonio, y parto,
y muerte y sus reflexiones—, para quien fue
    construida
esta cáscara única? Pues aunque ignoro
lo que vale este granero lleno de avíos
me complace encontrarme aquí en silencio;

es casa seria en seria tierra ésta,
en cuyo aire mezclado nuestras ansias confluyen,
se reconocen y visten de destinos,
y eso nunca podrá ser obsoleto,
pues alguien habrá siempre que descubra
un hambre en su interior de ser más serio
y gravite con ella hacia esta tierra,
propia según oyó para florecer sabiamente,
así sea porque tantos yacen a su alrededor.

Philip Larkin

Traducción de Jorge Ruiz Esparza